

EIR Informe especial

La caída venidera de la Casa de Windsor

por Lyndon H. LaRouche

En caso de reencarnar, me gustaría volver como un virus mortífero, a fin de ayudar en algo a aliviar la sobreabundancia.

—Príncipe Felipe, duque de Edimburgo¹

En los últimos cinco años, más o menos, la prensa y las casas editoriales de la Gran Bretaña se han ocupado con intensidad creciente de los escándalos dirigidos contra la familia real, la Casa de Windsor.

El más reciente de estos reclamos al interés lascivo del público chismoso —las contribuciones del ex oficial de caballería James Hewitt a la confección de *Princess in Love*,²— ha llevado el escándalo creciente al punto en que ciertos

británicos influyentes se sienten forzados a romper su silencio. Es ejemplar la declaración que hizo a principios de este mes Harold Brooks-Baker, director editorial de *Burke's Peerage*: “Estamos extremadamente cerca del fin de la Casa de Windsor”. Entre las “clases altas educadas”, agregó, se tiene ya en mal concepto a la Casa de Windsor. Brooks-Baker previó la probabilidad de que los Windsor sean echados a más tardar a principios del siglo próximo.

No pasa de ser una ficción barata o de los peores ambientes, como los órganos de información principales de nuestros días, eso de que un desliz íntimo con una dama (o con un hombre poco caballeroso) sea el motivo para derribar un trono. De hecho, cuán poco le interesa a la generalidad del público la incompetencia o el comportamiento atrozmente perverso de sus celebridades favoritas se ve en fenómenos tan desagradables como la existencia de clubes de admiradores de las estrellas de Hollywood, el que el Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética escogiera a un agonizante para suceder al secretario general Yuri Andropov o el frecuentísimo comportamiento de la mayoría de los electores estadounidenses en las urnas. Los escándalos sexuales no hacen caer tronos o legisladores estadounidenses; más bien, se los saca a relucir o se los fabrica para usarlos, como los asesinatos o las persecuciones judiciales de determinadas personalidades públicas, para satisfacer intereses dinásticos u otros motivos puramente políticos.

Una vez que se consideren los hechos que se presentan en este informe especial, resultarán obvios los motivos estratégicos e históricos de la casta gobernante británica para desembarazarse de los Windsor.

Este informe documenta el hecho de que, por más de treinta años, el príncipe Felipe ha dirigido personalmente a su World Wildlife Fund en la ejecución del genocidio en perjuicio de los pueblos que habitan África al sur del Sahara. Para la mayoría de nosotros, ese comportamiento a la Hitler

1. Según lo informó Deutsche Press Agentur (DPA), en agosto de 1988. Compárese esa declaración con lo que el príncipe dijo en su prólogo de 1986 a *If I Were An Animal (Si yo fuera un animal)*: “Me pregunto qué pasaría si reencarnare en un animal de una especie cuyo número se haya reducido tanto que esté en peligro de extinción. Cuáles serían sus sentimientos hacia la especie humana, cuya explosión demográfica le ha negado dónde existir. . . Debo confesar que estoy tentado a pedir reencarnar en un virus particularmente mortífero”. (Fleur Cowles, *People as Animals*, Prólogo del Príncipe Felipe, Reino Unido: Robin Clark Ltd. 1986). Compárese la opinión de este nobilísimo príncipe con las palabras de su predecesor intelectual, Bertrand Russell: “Pero los malos tiempos, dice usted, son excepcionales y se los puede enfrentar con métodos excepcionales. Esto ha sido más o menos cierto durante la luna de miel del industrialismo, pero no seguirá siendo cierto a menos que se disminuya enormemente el aumento de la población del mundo. . . La guerra, hasta ahora, no ha tenido un efecto muy grande en este aumento, que continuó a lo largo de las dos guerras mundiales. [La guerra] ha sido frustrante a este respecto. . . pero tal vez la guerra bacteriológica resulte más efectiva. Si una vez en cada generación se propagase por el mundo una Peste Negra, los sobrevivientes podrían procrear libremente sin llenar demasiado el mundo. . . Quizá el estado de cosas sea algo desagradable, pero ¿y qué? Las personas de veras nobles son indiferentes a la felicidad, especialmente la ajena”. Bertrand Russell, *The Impact of Science Upon Society* (New York: Simon and Schuster, 1953), pp. 102-104.

2. Anna Pasternak, *Princess in Love* (London: Bloomsbury Publishing, Ltd., 1994).



sería suficiente para condenar a la monarquía. Pero los sectores correspondientes de la oligarquía británica no son como nosotros; a ellos los caracteriza, como institución, la inhumanidad que les es común también a los banqueros principales de Londres, Ginebra y Wall Street, a las casas financieras y a *The Economist* de Londres. Por razones que se darán en la sección final de este informe, es probable que la mayoría de esas personas no consideren que el genocidio en perjuicio de pueblos de tez oscura de África sea motivo suficiente para molestar a la familia real, mucho menos para derribarla.

Este informe documenta también los hechos que sí asustan hasta a las duras conciencias de los oligarcas de Londres. Los Windsor siguen difundiendo también en las Américas, Europa, Asia y Australia la misma política genocida de la "Nueva Era" que observamos en las operaciones del World Wildlife Fund contra los africanos. Esto amenaza con provocar la caída inminente de la civilización mundial, ya arruinada por la peor inestabilidad financiera que haya visto Europa desde mediados del siglo 14. El que la política de los Windsor y de la corruptísima baronesa y ex primera ministra Margaret Thatcher³ siga adelante en las presentes circunstancias financieras y económicas puede provocar que el planeta se

3. Una ruidosa demanda judicial contra su hijo, Mark Thatcher, en los tribunales de Texas, ha puesto a la ex primera ministra, bajo los reflectores de la prensa de Londres, como una madre tonta y consentidora que recurrió a la corrupción oficial más extrema con tal de elevar a su inútil retoño a la condición de millonario. Además de este repugnante ejemplo de nepotismo, Thatcher corre el riesgo de que se ventilen muchas otras verdades desagradadas

Los escándalos sexuales no hacen caer tronos o legisladores estadounidenses; más bien, se los saca a relucir o se los fabrica para usarlos, como los asesinatos o las persecuciones judiciales de determinadas personalidades públicas, para satisfacer intereses dinásticos u otros motivos puramente políticos.

Una vez que se consideren los hechos que se presentan en este informe especial, resultarán obvios los motivos estratégicos e históricos de la casta gobernante británica para desembarazarse de los Windsor.

hunda en el caos y que la oligarquía internacional encabezada por Londres se vaya al abismo junto con nosotros.

Imagínense que los Windsor son el chofer de un autobús que representa lo que queda del imperio británico. Por lo común, ver a los aterrados pasajeros de un vehículo público manejado por un payaso embrutecido no pasaría de divertir a los sádicos de la oligarquía financiera mundialista, si no fuera porque ellos mismos se encuentran entre los pasajeros. Visto así, uno puede entender mejor por qué, en los últimos cinco años y pico, ciertos sectores de la casta gobernante británica se han deslizado a la opinión de que esa dinastía decadente, los Windsor, tienen que irse.

Las acusaciones a la familia real

Damas y caballeros del jurado internacional de nuestros lectores, los hemos traído a este tribunal a escuchar acusaciones que surgen de uno de los crímenes más monstruosos que se hayan cometido en toda la historia humana conocida, un crimen perpetrado en vasta escala. Les presentamos aquí las pruebas de que en los últimos 34 años, desde que se fundó en 1931, una organización malvada que se ha dado a conocer con nombres como World Wildlife Fund ha cometido genocidio deliberado en perjuicio de las naciones y pueblos de

bles, en caso de que se necesite. Los motivos para acabar con la influencia de Thatcher y, por tanto, con la de su ex quitamotas estadounidense, George Bush, coinciden con los motivos estratégicos que impulsan a una facción de la oligarquía a desbancar a la decadente familia real.

las regiones africanas ubicadas al sur del Sahara. Vamos a demostrarles que en todo este lapso el jefe de la conspiración principal ha sido el príncipe Felipe, también conocido como duque de Edimburgo y como consorte de la reina del Reino Unido.

Demostraremos aquí, a partir de lo que él mismo ha dicho en público, que el príncipe Felipe no sólo ha sido el jefe titular de esta conspiración criminal. Descubrirán ustedes que ha desempeñado esta función con plena conciencia de la intención criminal de la política de su organización. Mostraremos aquí que él ha declarado en repetidas ocasiones su

El enemigo definitivo no es este príncipe infortunado, sino más bien esa tradición específica de criminalidad que es justo calificar de oligarquismo. Ese oligarquismo es el agente infeccioso específico causante de la enfermedad moral y mental que muestran el príncipe acusado y sus cómplices.

deseo de darle muerte a incontables millones de personas, crimen monstruoso al que, según ha dicho, lo impulsan motivos del mismo género que los que animaron al Adolf Hitler de la Revolución Conservadora:⁴ el propósito de reducir drásticamente ciertas poblaciones humanas del planeta. Mostraremos aquí las pruebas de que el príncipe consorte ha promovido las medidas por medio de las cuales, en particular en Ruanda, se ha puesto en ejecución este genocidio al servicio de Su Majestad, con acciones concertadas del World Wildlife Fund y la Corona británica. Presentamos aquí las pruebas de que él, por su propia mano y boca, con la jactancia más desvergonzada, ha adoptado públicamente muchos de los programas que el World Wildlife Fund y sus filiales han puesto en práctica para someter a los africanos, entre otros, a ese genocidio que ha sido la instrucción perenne explícita del príncipe y su intención documentada.

4. Cf. Armin Mohler, *Die Konservative Revolution in Deutschland, 1918–1932* (Darmstadt: 1972). El Partido Nazi, criatura, al igual que Adolf Hitler, de la Sociedad de Tule del principado imperial, no era más que una variedad de una numerosa especie conocida como “la Revolución Conservadora”. Esta incluye a un destacado ideólogo nazi del período 1933–1945, Martin Heidegger, así como a Friedrich von Hayek, famoso por la Sociedad Mont Pelerin, y a muchos que caben hoy en la misma categoría ideológica que esos “neoconservadores” fanáticos del “libre cambio” radical y la “teoría del caos” en economía que siguen al abogado del *fascismo universal* Michael Ledeen.

Estas pruebas mostrarán que él es personalmente responsable del genocidio que se lleva adelante y del que se intenta perpetrar en perjuicio de los pueblos del Africa al sur del Sahara, así como en otras partes de este planeta.

Las pruebas muestran que este príncipe consorte es culpable de este crimen no sólo en lo individual, sino en su calidad de caudillo principesco designado de esta horrible empresa. Hay muchos otros culpables: la Casa de Windsor como institución; muchos cómplices, simplemente por su propia cuenta; funcionarios de gobiernos, como la ministra de Desarrollo de Ultramar del gobierno de John Major, lady Lynda Chalker; familias opulentas, además de la del propio príncipe; poderosos intereses financieros y otros intereses empresariales; funcionarios bien pagados de organizaciones de beneficencia bien financiadas y de otras organizaciones privadas; y muchos otros; etc. La lista parece, como era de esperarse, un sumario de las varias clases de criminales que caen bajo el encabezamiento de *crímenes contra la humanidad* del juicio de Nuremberg.

Catalogar el número y la variedad de todos y cada uno de los cómplices de los que sabemos, exigiría muchos volúmenes de documentación. Los autores y editores de este informe especial nos hemos limitado a presentar pruebas suficientes para demostrar la enormidad mundial de los crímenes que viene cometiendo esta conjura dirigida desde Londres y para presentar ante el tribunal de la conciencia pública a los perpetradores principales y a aquéllos de sus cómplices cuya participación en el crimen queda demostrada sin sombra de duda con las pruebas disponibles.

En la primera parte, las pruebas que ofrecemos se concentrarán en el modo en que se planeó y ejecutó el genocidio contra las naciones y los pueblos que habitan al sur del Sahara. Después, pasaremos a presentar los hechos que muestran que el príncipe y sus cómplices han usado su genocidio en Africa como modelo para movilizar a la misma lista de instituciones internacionales y aplicar las mismas medidas en las operaciones que están en marcha en contra de la mayoría de las naciones y pueblos de este planeta.

Verán ustedes las pruebas del papel central del World Wildlife Fund en los intentos de ultrajar la existencia soberana de la potencia principal del mundo, los Estados Unidos de América, y el papel implícitamente traicionero de los correligionarios del príncipe y sus cómplices —personas y organizaciones— dentro de los Estados Unidos. Verán ustedes los efectos de estas mismas operaciones en otras partes de las Américas, operaciones dirigidas a destruir a Canadá, México, Venezuela, Brasil, Perú, Bolivia y Argentina, todo como parte de la misma operación global probada en el genocidio cometido en Africa. Verán ustedes la casi destrucción de la cultura industrial, la soberanía nacional y aun la existencia mortal de la nación llamada Australia. Verán pruebas ejemplares de que las mismas operaciones se llevan adelante contra países de Asia y Europa continental.

Es fácil calcular que las medidas que han adoptado el

príncipe y sus cómplices, las medidas que vienen poniendo en práctica, si se toleran, reducirán la población de este planeta de su magnitud actual de alrededor de 5.300 millones de personas a mucho menos de mil millones en cosa de unas dos generaciones, principalmente por el efecto hiperbólicamente autoacelerante de la hambruna y las enfermedades epidémicas de personas, animales y plantas. En las condiciones resultantes de semejante ataque concentrado al aparato de inmunidad colectivo de todas las formas superiores de vida, de ninguna manera está asegurado que existan seres humanos para fines del siglo venidero, si no se le pone alto al príncipe y sus cómplices, y si no se le da marcha atrás a su política ahora mismo. Sería de esperarse que holocausto semejante no fuere seguro, pero más vale que no nos arriesguemos; comoquiera que sea, hay que ponerle alto ahora mismo al príncipe, sus cómplices y su malvada política.

No hay que sobrestimar la moralidad de los sectores de la oligarquía que trabajan por el desalojo de los Windsor, de los thatcheristas o de ambos. No es que la oligarquía tenga objeciones enérgicas a la inmoralidad digna de Hitler de las prácticas genocidas de los Windsor. Desde el punto de vista de esas facciones de la oligarquía, el crimen esencial de los Windsor y los thatcheristas (como la banda de Bush en los Estados Unidos) es sólo la manifiesta estupidez fanática de los Windsor, su decadencia. Sin duda, muchos de los eugenistas de la oligarquía ven en esa estupidez fanática el resultado de algo así como una falla en los genes de la familia, sea por parte de Felipe o sea algo ya presente en la generación de Victoria.

Dicho en pocas palabras, el mundo parece ir derecho al Infierno, pero los Windsor (y los thatcheristas) no quieren abandonar sus fallidos experimentos de la "Nueva Era". Parecen la etapa degenerada de una especie que ya no es capaz de presentar o tolerar ideas nuevas, en momentos en que se necesitan desesperadamente nuevas concepciones programáticas válidas.

En resumen, si nuestro adversario reconoce que sus recientes reveses estratégicos encuentran su causa en que varios de sus generales son comandantes fanáticamente estúpidos, hay que reconocer que ha surgido esta apreciación probablemente correcta, sin temer que el informar de esa verdad incline a *Executive Intelligence Review*, en sentido alguno, a la causa del adversario.

Más bien, acontecimientos en el campo adversario como el reconocimiento de que los Windsor y thatcheristas actuales bien puedan ser los redrojos de la camada, deben servirnos de advertencia para no caer en el autoengaño de creer que el príncipe Felipe es el único culpable de todo. Felipe no ha sido más que el instrumento defectuoso de un interés programático que se definió milenios antes de que él naciera y que seguirá siendo un peligro al menos por varias décadas después de que él se haya ido.

El crimen que se documenta en este informe es, con

mucho, el peor que se haya perpetrado en toda la historia humana: la destrucción asegurada de toda vida humana civilizada en este planeta y, tal vez, posiblemente, también una serie de acciones conducentes a la extinción de la especie humana. Desde 1961, el príncipe Felipe ha desempeñado un papel dirigente decisivo en esta conspiración criminal global, pero él no originó la política subyacente. Esa política se remonta en lo inmediato a los círculos de Darwin y Huxley del siglo 19 y su papel en la creación de la red eugenista que, entre sus otras producciones, patrocinó la dictadura de Hitler en Alemania, así como a su satélite, la organización de Margaret Sanger, Planned Parenthood. Se debe considerar que el papel del príncipe Felipe ha sido continuar esa misma tradición que produjo antes a Hitler y el llevar esa tradición criminal a nuevos extremos, en lo que, como quizá dirían algunos fanáticos de la televisión, "va sin miedo a donde nadie ha ido antes".

Y, si los declaran culpables. . .

Después de presentar las pruebas contra el culpable príncipe y sus cómplices más notables, hemos anexado un informe de sentencia apropiado. Esa sección final les dará a ustedes, los jurados, un resumen de lo que la historia humana conocida tiene que decirnos acerca de los orígenes y la naturaleza de la clase específica de criminalidad que representan el príncipe, el World Wildlife Fund y sus cómplices. Cuando ustedes decidan cómo juzgar a los delincuentes aquí acusados, les pedimos que no pierdan de vista las circunstancias en que se ve este caso.

La maldad que empapa la criminalidad del príncipe y sus cómplices es muy antigua, tanto como los girones apenas visibles de los primeros episodios de la historia conocida. El enemigo definitivo no es este príncipe infortunado, sino más bien esa tradición específica de criminalidad que es justo calificar de *oligarquismo*. Ese oligarquismo es el agente infeccioso específico causante de la enfermedad moral y mental que muestran el príncipe acusado y sus cómplices. Para escoger un curso de acción justo y prudente en lo que hace a la criminalidad en acción que aquí se documenta, debemos elevarnos por encima de la decadencia prevaleciente en la mayor parte de la actual práctica jurídica internacional y actividades conexas, y no, como hicieron los triunfadores de la Segunda Guerra Mundial, cuando pervirtieron los juicios de Nuremberg, tratar de ocultar nuestra propia negligencia previa detrás de algún llamativo sufrimiento impuesto a los chivos expiatorios.

Se vuelve patente, respecto al carácter de este momento de la historia, que el mundo ha tolerado por más de tres décadas una conspiración criminal de una enormidad que excede ya muchísimo, por lo que le ha costado a la humanidad, las memorables atrocidades de la pandilla de Hitler. No vamos al extremo de sugerir que esto señala el inicio de un Apocalipsis; pero sí es síntoma de una crisis que es válido considerar que está empapada de cierta calidad apocalíptica.

Este caso expresa la amenaza de que se inicie una “nueva era de tinieblas” de alcance global que repetiría con mayor intensidad la era de tinieblas que siguió al derrumbe del Imperio Romano en Europa occidental y a la llamada “nueva era de tinieblas” que azotó a Europa en el siglo 14.

En pocas palabras, la enormidad del crimen del príncipe, que coincide en estos momentos con la desintegración inminente que amenaza a los sistemas monetario y financiero mundiales, presagia el fin de un ciclo de 500 años y pico en la historia de la civilización europea. Para el historiador, semejante espectáculo ha de equipararse con los muchos ejemplos análogos de períodos finales de derrumbe dinástico que han caracterizado la historia conocida de cada cultura de este planeta, antes de la llegada del Renacimiento de la

civilización cristiana europea moderna. Ninguna dinastía de cultura alguna, por antigua o poderosa que haya sido, ha sobrevivido el fin de un ciclo dinástico semejante. Los Windsor no dan muestras de talento para convertirse en la excepción a la regla.

Ese hecho ayudará a los jurados reunidos a entender mejor que esta dinastía Windsor se convertirá muy pronto en una reliquia lastimosa, sea lo que fuere que hagamos o dejemos de hacer en este proceso. Nuestra tarea no es castigar a los Windsor (aunque quizá estemos apresurando su retiro), sino más bien actuar con mayor prudencia que la que haya demostrado cualquier cultura dominante anterior al final de cualquier época de crisis apocalíptica.

Nuestra labor será juzgada correctamente no por alguna boba sentencia al estilo Nuremberg que pudiéramos recomendar para el príncipe y sus cómplices. Vale la pena a este respecto reconocer, considerando cuántos millones de espectadores han tolerado crímenes de la naturaleza y el alcance de los que el príncipe ha cometido descaradamente, cuán poco bien duradero hicieron o cuán poco coraje político personal demostraron los tribunales de Nuremberg después de la Segunda Guerra Mundial. Schacht, formalmente exonerado, y von Knierem, de Auschwitz, apenas acababan de salir del escenario, y los banquillos de Nuremberg no bien terminaban de enfriarse, en 1961, cuando el príncipe y sus cómplices pusieron en marcha un plan más vasto y más malvado que cualquiera que se sepa que haya efectuado o concebido la pandilla de Hitler.

Este jurado ha de examinar correctamente los crímenes de la Casa de Windsor con los ojos de la historia. El del príncipe es un crimen de lo más monstruoso, pero más que nada es el síntoma de la enfermedad terminal de una civilización que ha tolerado la promoción conspicua de esas malvadas directrices y organizaciones. La esencia del asunto es que este príncipe es el instrumento de la decadencia de nuestra época y, de ese modo, un indicio de la ruina que le sobreviene ya a las instituciones mundiales carentes de la capacidad moral de sobrevivir. Es a esta enfermedad, no al mero síntoma, a lo que nuestra justicia debe enderezar sus poderes curativos.

Concluamos esta exposición inicial con lo siguiente:

La difícil tarea que plantean las pruebas ofrecidas es ésta: *¿pueden ustedes, los jurados, ante el hecho de que no hay solución al derrumbe de esta civilización bajo las reglas de conducta aceptadas por lo general en la actualidad, sentirse acicateados a descubrir los cambios radicales necesarios en los axiomas de elaboración de directrices, cambios que capaciten a la humanidad a reconstruir de inmediato la sociedad arruinada a partir de las ruinas de la dinastía derrumbada, sin pasar por la pesadilla intermedia de otra “nueva era de tinieblas”?*

Volveremos a un resumen de ese propósito en el epílogo de este proceso.

Reconocimiento

Una parte importante de la investigación de este informe especial fue proporcionada por el productor irlandés de cine Kevin Dowling, productor e investigador de la película “El hombre elefante”, en 1989. En ella se denuncia el imperio mundial de T.H. Poon, el más famoso traficante de marfil de Hong Kong. Sadruddin Aga Khan, del World Wildlife Fund (WWF), dijo que esa película fue “esencial” en la campaña para salvar a los elefantes. Charles de Haes, director general del WWF, la calificó de “modelo del periodismo conservacionista”.

Sin embargo, al hacer la película, Dowling descubrió la sórdida realidad de lo que realmente hace el WWF y lo llevó a producir su siguiente película, “Diez peniques en el Panda”. En una campaña “sin precedentes” en la historia de la Independent Broadcasting Authority (IBA) de Gran Bretaña, se dice que el WWF gastó 350.000 dólares e intervino en la IBA para destruir o censurar la película. Iracundo, el príncipe Felipe acusó a Dowling de robarse sus memorandos confidenciales, con lo cual se demostró que Felipe trataba de encubrir una auditoría interna del WWF, el Informe Phillipson. En este informe especial se publican por primera vez extractos de ese informe, que resultó devastador para el WWF.

A pesar de la presión, la película se transmitió en las series británicas de televisión “The Cook Report”, en julio de 1990. Dowling está escribiendo actualmente lo que él mismo describe como “una nueva historia sensacional sobre la industria de la conservación”.